

parisienses candidatas a la tuberculosis o ya bacilares, y reclamaba para ellos escuelas múltiples en la campiña, la plena vida al aire libre, los optimistas juzgaban excesiva la terrible cifra y exagerado el remedio. Hutinel calculó el número de atacados en un 60 por 100; mas Ferreira comprueba en los niños de 6 a 14 años, la edad escolar por excelencia, una inmensa proporción de pretuberculosos y tuberculosos latentes; en las escuelas públicas, nos dice (1), en los establecimientos oficiales de instrucción primaria, existe una población densa, débil, flaca, linfática, ya en potencia del germen del mal, y que, sometida al aire envenenado de la ciudad y a los trabajos escolares entre cuatro muros, bajo la influencia de la vivienda malsana y de la alimentación insuficiente, se trocará en legión de tuberculosos contagiosos, que acrecerá más tarde en alto grado el obituario al afecto. Ha pocos meses, en abril último, en el Congreso de Roma, d'Espine, de Ginebra, tratando de la tuberculosis y la escuela (2), insistía en la proporción considerable de las tuberculosis latentes.

Indaguemos en autopsias las señales de la dolencia. Si Benjamín y Sluka (3), dieron, en 1905 una proporción de lesiones tuberculosas de 22 por 100 en la edad de 6 a 12 meses y de 42 de 1 a 2 años; si Comby, en el Congreso de Washington, hallaba en el relato de 1.447 autopsias en una proporción de 22 y 43 por 100 en iguales épocas, y si Bollinger, de Munich, llegaba al 56 por 100, estas cifras quedaban ya superadas por las del mismo Comby (4), y las de Barbier y Bourdon (5), cuando las observaciones alcanzaban a niños más crecidos. Aquél encontraba el 63 en los muchachos de 10 a 15, y Barbier y Bourdon el 50 de 2 a 4, el 60 de 4 a 7 y el 70 de 7 a 15. Mas, recientemente, Francis Harbitz (6) nos suministra los datos del Instituto de Cristianía; en las primeras edades resultan las proporciones análogas, en la edad de 6 a 15 años la infección tuberculosa es patente en 118 autopsias sobre 158 practicadas, o sea el 75 por 100; y cuando se limitan los casos a los muertos entre 14 y 15 años, la proporción asciende al 85. Por otra parte, Variot demuestra, analizando las estadísticas del ministerio del Interior, en Francia, y de París, que entre los factores de la mortalidad de los niños, la tuberculosis ocupa constantemente el primer lugar.

Así destroza las tiernas vidas el mal que avaloró la decadencia humana; así, en la edad adulta, siega, cual horrible guadaña, las mieses miserables y marchitas. Bien se lucha por mellarla y disminuir su estrago; bien se acusa, a las veces, la enmienda en estadísticas diversas; pero junto a los datos consoladores, otros surgen de continuo, ominosos e incontrastables. Lannelongue y Martin (7) deducen de sus estudios sobre la mortalidad de las ciudades de más de 30,000 habitantes, que existe tendencia al aumento, en cuanto a la producida por tuberculosis, en los cinco últimos años observados. Aun las cifras de evidente mejoría cuán amarga decepción no nos producen al desvanecerse la impresión primera! A últimos del pasado año, Fränkel (8) daba cuenta de la mortalidad por tuberculosis en Prusia, y mostraba su positivo descenso en 1910; de tal suerte, que la mengua alcanzaba a 2,841, respecto del año 1908, y a 302 respecto de 1909, o sea, en términos relativos, de 1'17 y 0'3. El año 1910, según estos datos, ofrece la más baja mortalidad ocasionada por tuberculosis desde 1875, un descenso de más de la mitad de la consignada en aquella fecha; y, sin embargo, exclamaba Fränkel, desde el punto de vista de su valor absoluto, es lo cierto que la mortalidad por tuberculosis en 1910 ha sido en extremo horrosa, pues el número de fallecidos ha llegado

a 60,479. El hecho mismo de descenso falta en lo que a la edad escolar concierne; más bien se nota ligero aumento; y si en las demás hay alivio respecto de 1909, la ventaja es tan liviana, que desconsuela y apesadumbra.

La extensión del mal es tan horrenda, que inutiliza las mejores armas terapéuticas y dificulta la labor diagnóstica. Disipado se han, en breve tiempo, las ilusiones forjadas sobre el uso de la tuberculina para conocerlo. Reaccionaron los visiblemente afectos, y esto se miró como irrefutable prueba acerca de la naturaleza del proceso; reaccionaron también los aparentemente sanos, y hubo que reconocer la ineptitud del procedimiento; inepto en tanto que nada resolvía sobre la causa de la enfermedad en un momento dado, demasiado apto en tanto que aclaraba la general degradación del hombre. «Si antes era asombro y espanto del médico que un enfermo reaccionase—decía yo en el primer Congreso (1)—y, por lo mismo, a la tuberculosis refería la índole del proceso que estudiaba, hoy, con la abundancia de susceptibles, toda confianza en este medio es ilusoria, reaccionan muchos, casi todos, sanos o enfermos; lo que implica que todos o casi todos son tuberculosos.»

Así decía, y, con ser esto tan cierto, algunos vacilaban en aceptarlo. Citaban las estadísticas de mediano alcance, buscando en los casos negativos plausible disculpa a su recelo: se acogieron, al fin, a las de 70 por 100, aprovechando, reacios, el corto saldo de los 30 negativos; mas ni esos 30 han logrado sostenerse en los últimos análisis. Calmette, Grysez y Letulle (2) han sometido a la cutirreacción por la tuberculina de Koch, durante cinco meses, a 1,226 sujetos, niños o adultos, de toda edad, tomados al acaso en los diversos medios sociales, al parecer sanos, es decir, sin relación con hospitales ni dispensarios, y los resultados del examen son, por cierto, aplastadores. De 0 a 1 año, la reacción es positiva en 87 por 100; de 1 a 2 años, en 22'1; de 2 a 5, en 53'8; de 5 a 15, en 81'4; y más allá de los 15, en 87'7. En la edad adulta, como ella la proporción alrededor de 90 por 100, y puede, por tanto, afirmarse que los individuos libres de contagio son excepcionalmente raros; a lo más, 7 u 8 entre 100 ciudadanos de más de 20 años de edad (3). La infección tuberculosa, decía Calmette (4), sobre todo en la edad tierna, de 1 año a 5, se muestra, al menos en las ciudades, como caso inevitable. «En resumidas cuentas, dice Richer (5), todo hombre tiene algo de tuberculosis». La condena que esto entraña para el hombre no puede ser más precisa.

Si luego de considerar la transcendencia biológica de la tuberculosis paramos mientes en los resultados de la acción que contra ella se dirige, su desmesurada importancia se ofrece todavía en mayor grado. Porque habiéndose mirado primero como cosa fácil reducirla con simples medidas de higiene, entre las cuales figuraban las sencillas reglas de urbanidad doméstica, y fué entonces cuando asistimos a la apología de la escupidera como supremo medio profiláctico; y habiéndose ponderado después el sanatorio como escuela educadora contra el afecto, templo de consagración higiénica de los predispuestos y asilo purificador de los atacados, a estas horas, a pesar de todas esas reglas practicadas, de las escupideras repartidas y de los sanatorios edificadas, la voracidad de la tuberculosis no se extingue, y, bien que amenguada, persiste; tanto, que ya se habla de la imposibilidad de aniquilarla y no falta quien (6) discurre sobre las ventajas de la convivencia del hombre con el bacilo. Se han obtenido buenos éxitos; pero el decisivo, está lejano. De las múltiples hospederías antitubercu-

losas creadas como por encanto en las naciones cultas, han salido algunas curas; lo más, han sido remiendos; y, en tanto, por las calles y las viviendas, por talleres y hospitales, la tuberculosis va cebándose en la pobre humanidad agotada; y por doquier, por toda la tierra, se eleva, pavoroso, el incesante clamor de su infortunio. Y a un tiempo, por donde quiera, brota la duda en las almas nobles sobre la eficacia de la acción médica efectuada; y en tanto se multiplican los sanatorios, crece la incertidumbre en las conciencias. Ante el Comité legislativo de New York informaba Knof, ha poco (1), sobre la extensión progresiva de la tuberculosis en la gran urbe, y calculaba las sumas invertidas en el tratamiento de este afecto; sólo para la ciudad, 2,000,000 de dólares; hay 60,000 tuberculosos; murieron el año pasado 10,258 atacados; y el profesor se indignaba al comprobar la desproporción entre la cuantía del dispendio y la flojedad del resultado.

Son 800,000 (2), o más, los enfermos tuberculosos de Alemania... ¿Cómo enclaustrar a esas turba hética? Si no son ricos los que más la integran; si son pobres los que la forman, ¿cómo, en qué fantásticos mesones vais a albergarlos? ¿en qué descomunales colonias vais a atenderlos? ¿en qué extraordinarios paradises vais a cobijar a sus familias? Y cuando, a fuerza de cuidados, hayáis remozado a los exhaustos, ¿cómo evitaréis que de nuevo se agoten, al volver a su existencia de desdichas? Les dais unos meses para solazarse, mas no les libráis de una vida para hundirse. Vendrán a vuestro vergel desde el tugurio; volverán a la podredura desde el sanatorio. Habréis pensado levantar un templo a Higiene y será Moloc quien gozará de vuestro esfuerzo; vuestro altar no serán palmas y rosas, donde todo cante la alegría de la vida, sino piedras dispuestas para inmolrar las víctimas de la Miseria y ofrecer el sacrificio a la Injusticia.

Y aquí y allá, por la fuerza de los hechos, va cundiendo la desconfianza entre los autores médicos; y a un tiempo, por entre la niebla que se deshace, la luz de la verdad se manifiesta. «El sanatorio popular, dice Hector Grasset (3), es la más inexacta comprensión del problema, desde el punto de vista moral, científico y social; cada fundación de este género será una pérdida de capitales, que hubieran sido mejor empleados en otra, un gasto fuera de proporción con los flacos resultados que se obtendrán. Cierta que los promotores habrán ganado en él consideración, honores, condecoraciones, reclamo gratuito para la clientela... Con o sin sanatorio, el pobre no podrá jamás detener la evolución de la tuberculosis pulmonar, en las condiciones actualmente planteadas por la medicina... Son 800,000, nos dice Köhler, los enfermos tuberculosos de Alemania; son 800,000 ó más los enfermos tuberculosos de los Estados Unidos; son millones los que sobre la haz de la tierra padecen la arraigadura del germen fímico; y ante el pavor que esto nos infunde, ante la horrorosa sensación de la inmensa tortura, en tanto que nuestras almas se angustian por el íntimo sentimiento de nuestra actual impotencia, ¿qué decir, por otra parte, de quienes, médicos o no médicos, intentan aprovecharse del descalabro para satisfacer sus apetitos y con las ruinas del desastre edificar su ventura? ¿Qué decir de las caricaturas y corruptelas de la acción médica, según se muestran en algunas instituciones, escarnio de la Medicina y baldón de la Beneficencia?»

En verdad, cuando se estudia a fondo el mecanismo de ciertas asociaciones llamadas «de beneficencia», se turba el ánimo con asco insuperable ante la visión de sus vilezas. Spencer, el gran Spencer, se ocupaba ya en ellas en una de sus obras (4) y describía cómo las

personas de fácil humor son explotadas por gente hábil en busca de empleos y emolumentos. A propósito de cualquier necesidad que pintan como urgentísima, distribuyen muchos prospectos y envían sus agentes a la propaganda, sencillamente para que A., B. y C., fracasados en sus carreras, puedan sacar dinero desempeñando el papel de director, de secretario y de tesorero en la asociación que anuncian, y si por su insistencia logran fundarla, cuidan bien de hacerla funcionar en su provecho; y Spencer añadía que sabía de buena tinta que hay bandas de caballeros de industria, cuyo único oficio es crear sociedades de caridad, solamente para sus propios fines. Digna también de mención es la falta de sinceridad de los suscriptores; la chismería y estentación mundana les impulsa mucho más que los sentimientos de beneficencia; y, por otra parte, cuando un *patron*, o hasta un comerciante, cuyos negocios prosperan, se agita por fundar o dirigir alguna de esas sociedades, insituidas, al parecer, por el deseo de hacer el bien, es frecuente que sólo le mueva el deseo de figurar entre personajes, y el y su mujer y sus hijos se refocilan al pensar que cada año verán sus nombres entre los de aquellos, y este resultado les preocupa con mayor viveza que los infortunios que socorren. De esta suerte exponía Spencer la vanidad de ciertos hombres, cuya caridad sólo se muestra cuando pueden pavonearse junto a un lord o un par de Inglaterra; pero es obvio que ese tipo es de todos los países, y que no faltan nunca señores para estimular a vanidosos tenderos en riquecidos.

De igual modo, en las asociaciones femeninas, no es raro que por su trama se mueva algún intento censurable; y cuando no el interés de baja ralea o la huera vanidad de alguna indocta, suelen entorpecer la obra y malpararla la rutina y la ignorancia. Y es eso tanto más triste cuanto que la mujer está destinada en la lucha científica por la salud del pueblo a un papel transcendentalísimo, si no el supremo, uno de los primeros. Es ella la que modela los infantes, ella la que dirige los hogares, ella la que cuida a los enfermos, ella la que guarda y propaga las creencias, ella la que señorea en el campo del sentimiento y de la belleza. En Alemania, las damas de la Cruz Roja, trabajando con loable celo, han creado obras de utilidad admirable, en lo que a la asistencia de los tuberculosos se refiere; van a buscarlos a sus viviendas, se dedican a descubrirlos, les auxilian con sus consejos y su dinero, cuidan de sus familias, dan buena leche a sus infantes, fundan curas de aire para los niños, y por sí propias y por sus hermanas mitigan sin tregua los infortunios. En Norte América, la «enfermera especializada» se introduce en las casas de los enfermos y ayuda a las familias y les enseña la profilaxis del mal. «La mujer y la tuberculosis», tal es el título de la séptima Comisión de la Asociación Internacional de la Tuberculosis, en cuyas periódicas conferencias se estudia el papel correspondiente a la mujer en la tremenda lucha; sus cuestionarios nos preguntan sobre sus trabajos, sus servicios, sus auxilios, sus fundaciones y escritos y discursos; y así se impone, día por día, la irremisible necesidad de ilustrar a la mujer, orientándola hacia el alto cumplimiento de su deber social. Debe instruirse; pero tras los libros, en la propia acción ha de ilustrarse; el bien que prodirá al menesteroso avivará y nutrirá su inteligencia, y en el trato con la enfermedad y la desvalía, en los tugurios infectos y en las mazmorras del hambre, su alma se abrirá al ideal de la justicia humana y se afanará por implantarlo.

Es, en efecto, en las casas de los pobres, triste mansión de la indigencia, donde más se patentiza el espantoso aviltamiento de la sociedad moderna; es en la lóbrega estrechez de esas estancias, en la infecta mugre de esas viviendas, donde los proletarios, hacinados, acaban de corromper durante el sueño los cuerpos ya pervertidos por el hambre y el trabajo y la mi-

seria y el vicio; es en ellas donde la tuberculosis se desenvuelve con poder tan inexorable que apenas se libran de su daño cuantos miserables allí se acogen. En todas las ciudades, el hecho se repite con igual constancia: pocos tuberculosos en los barrios ricos, muchos tuberculosos en los pobres; y de ahí que día tras día se insista y clame por la higienización completa de las casas. Si sumas tan grandes como las gastadas en sanatorios, dice Henschen (1), se empleasen en fundar empréstitos auxiliares con facilidades de pago o para procurar habitaciones salubres a los obreros y a las gentes de menguados recursos, tal vez se habría hallado un medio más enérgico y ciertamente más durable de proteger a los hombres contra la tuberculosis. Así el problema de la casa barata, así la cuestión de los jardines obreros, son estudiados con creciente ahínco y sin cesar brotan y agrandan las iniciativas para establecerlos; se anotan las condiciones de las moradas, su historia morbosa, su poder maléfico; se las repara, se promulgan leyes para facilitar el derribo de las insanas; mas, con todo, a estas horas, a pesar de los trabajos hechos, la lucha contra la tuberculosis no ha sacado gran fruto del esfuerzo. El servicio de higiene de París no ha cesado de inspeccionar viviendas en esos últimos años; a principios del pasado, llevaba examinadas más de 2,000 casas, lo que representa mas de 193,000 cuartos habitados por unas 210,000 personas; y ha prohibido el uso de los cuartos incurables y ha transformado los susceptibles de mejora según las órdenes de la administración sanitaria y de la comisión de habitaciones insalubres; 1,012 están ya reparadas y las demás en vías de saneamiento. El resultado ha sido excelente en lo que a la mortalidad general concierne; bajó en 1909 de 13 por 10,000 habitantes, y siguió bajando en 1910 de 16,60; pero desde el punto de vista de la tuberculosis, la mejora no fué tan clara; y en los islotes tuberculosos señalados por Juillerat en 1904, la situación es sólo mejor en dos; en los demás, ha empeorado (2). Ante la amargura de estas cifras, evidente el fracaso, Juillerat declara que toda emienda es en estos islotes imposible y que sólo abriendo a través de ellos grandes vías podrá acabarse con el desastre; Juillerat, para quien la tuberculosis es producida por falta de luz y aire, fia en arruinar las covachas para lograr la victoria; mas en plena campaña, bajo el sol ardiente, en pleno aire, tostados los cuerpos, los pechos saturados de la pura fragancia de las selvas, también los hombres sucumben roídos por la tuberculosis... No son las piedras, no es la lóbreguez, no el campo, no es la urbe ni la tierra lo temible; lo temible es la sociedad de que forma parte; lo espantable es la historia que sobre él gravita; lo eficiente es su decadencia labrada por veinte siglos de locura.

En el Océano Atlántico, al norte de las islas Canarias, el archipiélago de Madera ofrece al navegante una visión por demás espléndida. Nada más pintoresco y grandioso, nos dicen los geógrafos, que el aspecto de estas islas dominadas por elevados picos, que separan inmensos y profundos barrancos con abundancia de exquisitas aguas, y cuyo fértil suelo y benigno clima hacen la permanencia en ellas sumamente agradable. Una zona nebulosa se ve casi siempre asentada, como a la mitad de la altura de las montañas, sobre la isla de Madera, de suerte que, vista de lejos, parece rodeada de vapores, sobre los que se destacan algunas veces las nevadas cúspides, y a esta presencia casi constante de nubes debe la tierra su verdor y su dulzura. La isla es paradisíaca, y a ella acuden los tuberculosos europeos ganosos de sanear su organismo con los halagos de su clima. Pues bien, en esta isla tan deleitosa, sanatorio eficazísimo para el extranjero adinerado, la tuberculosis hace grandes estragos entre sus moradores indígenas. Ape-

nas entra en Funchal (1), surgen los cuerpos enclenques y los rostros enfermizos; y el tributo que rinden al mal fímico es casi tan oneroso como el de los habitantes de los islotes de París, entre el detritus de la gran urbe. Bien recibidos del mar que les envuelve el aire puro, lleno, además, de su paso por los bosques, de esencias de pino y eucaliptus; pero trabajan mucho y comen poco, y por sí esto no bastase, consumen mucho alcohol de caña; y corroidos por la miseria, atosigados por el vicio, sucumben sus habitantes, pese a la pródiga naturaleza.

En verdad, lo admirable, lo asombroso, no es que mueran; lo que asombra, lo que pasma, es que resistan. Cuantos inquieran las condiciones de vida de las agrupaciones sociales sepultadas en la miseria, reconocen que lo que les sorprende es el prodigio de su existencia, es el perdurar de aquellos seres, extenuados por la inedia y sumidos en el cieno. Cuando Hoppe, de Liverpool (2), describía el estado detestable de aquellas sus casas de proletarios, en las cuales se hacinaban 140,000 personas, confesaba que su vida representaba un gigantesco experimento acerca de la fuerza de la resistencia humana; y cuando los médicos del dispensario de Jouye-Taniés, de París (3), refieren los detalles de los hogares de tuberculosos pobres, las horribas viviendas de infectos que ni para establos servirían, también es ese problema de la resistencia humana el que ante su saber se plantea; como aguantan, como bregan con la enfermedad y el hambre

De tal manera atenuados los cuerpos, así abatidos y exhaustos, las mismas mentes flaquean y se agotan, incapaces de orientarse sanamente. La ignorancia es universal en nuestros tiempos: los ilustrados saben de mucho, pero muy poco de lo que a su vida importa; los de instrucción escasa, tienen por dogmas de higiene estupideces patógenas; y los analfabetos se transmiten, nimiamente, reglas y símbolos que miran como vitales y entrañan riesgos de muerte. El embrutecimiento es a las veces tan profundo en cerebros degradados por la miseria, que es difícil imbuirles las nociones precisas para cuidarse; y a semejanza de Ellen La Motte, de Baltimore (4), cuantos profesores visitan en dispensarios, saben de tuberculosos pobres cuya instrucción higiénica es imposible.

De esta suerte famélicas y entorpecidas, las grandes masas humanas se precipitan a las oficinas de beneficencia, impetrandos un socorro a su infortunio; con abrirse cada día nuevos consultorios y hospitales, siempre exceden las demandas a los auxilios disponibles. En Berlín, el número de hospitalizados ha pasado de 16,391 en 1900 a 31,390 en 1909; en Hamburgo, de 4,935 en 1885 a 13,645 en 1909; en Munich, en igual período, de 2,271 a 4,092; en Leipzig, de 1,824 a 5,146; en Breslau, de 3,583 a 5,427, y en Francfort, de 938 a 5,824 (5). Y en tanto, los gastos de la asistencia pública adquieren proporciones colosales. En Berlín, en los nueve últimos años han aumentado 44'27 por 100; en Munich, en igual plazo, 84'17; y de igual modo en Leipzig, 140'27; en Breslau, 58'49; en Francfort, 122'93; en Nuremberg, 87'31, y en Dusseldorf, 90'09. En el informe general sobre el presupuesto francés para 1911, Klotz calculaba que los gastos de asistencia y solidaridad sociales han subido de 20,000,000 de francos a 200,000,000 en los cuarenta últimos años. Los servicios de asistencia pública, por sí solos, que importaban 7,000,000 en 1890, han alcanzando a 11,500,000 en 1900, 67 millones en 1910 y 79,000,000 en 1911. No se incluye en estas cifras, desde 1905, el servicio de mutualidad, ya de 5,000,000 en aquella fecha. Por otra parte, la ley de 1905 para viejos, inválidos e incurables, en vigor desde hace tres años, costaba el pasado 90,000,000, cuyo 50

(1) Tuberculosis, nov. 9, pág. 454.
(2) Presse Médicale, 30 abril 1912.
(3) Zeitsch. f. Kinderheilk., pág. 571, 1908.
(4) Presse Médicale, 1907.
(5) Bulletin mensuel de la Société d'Etudes Scientifiques sur la Tuberculose, mayo 1908.
(6) Tuberculosis, abril 1912.
(7) Revue d'Hygiène et de Police Sanitaire, octubre 1901.
(8) Tuberculosis, octubre 1911.

(1) Aspecto social de la lucha contra la Tuberculosis. P. 29.
(2) Presse Médicale 9 agosto 1911.
(3) Tuberculosis, junio 1912, pág. 268.
(4) Richer, 4ª edición de Sta. Agata de los Montes (Canadá). Tuberculosis, junio 1912.
(5) Le Dantec. La lutte universelle, pág. 158.

(1) New York med. Journal, 1912, núm. 26.
(2) Köhler, Tuberculosis, mayo 1909, pág. 166.
(3) La Medicina naturalista à travers les siècles, 1231, pág. 390.
(4) Le rôle moral de la Bienfaisance.

(1) La lutte contre la tuberculose en Suisse, pág. 274.
(2) Les Documents du Progrès, agosto, 1912.

(1) J. Railliet. Notes sur Madère et les Açores, Revue de la Tuberculose, abril 1911.
(2) Tuberculosis, ju io, 1909.
(3) La Revue Philantropique, 15 agosto, 1912.
(4) Revue Internationale de la Tuberculose, diciembre, 1908.
(5) Organized Help, Clascow, enero 1912.

por 100 soporta el Estado, el 36 los municipios y el 16 los departamentos. Para los años próximos, los retiros obreros exigirán un suplemento de 100 000.000 y el presupuesto social de Francia ascenderá a 300 000.000, sin contar que la resolución de diversas cuestiones planteadas ocasionará mayor aumento. Respecto de Alemania, Loch (1) sostiene que la ley de seguros obreros ha agrandado los gastos de asistencia hospitalaria. A medida que el sentimiento de solidaridad social aumenta, suben también las cargas públicas; y como el número de enfermos o predispuestos acrece, el desbordamiento de millones sigue a la avalancha de enfermos. Mas, al fin, son los pobres quienes, en la sociedad nuestra, sufren más por los impuestos; son los desvalidos, para cuya asistencia crecen los gastos, que han de trabajar más para satisfacerlos; y así, en tanto que en sanatorios y asilos y hospitales se gasta más y más para asistir a los menesterosos enfermos, maltrechos por su vida de trabajo, sus compañeros, todavía, al parecer, sanos, bien que decaídos y hambrientos, se estrujan y enferman en el trabajo de talleres y fábricas y minas, en parte para mantener a los más enfermos; y éstos en el asilo y aquéllos en la fábrica, menoscabados unos, malparados otros, se suceden y confunden y contagian; y cuando la muerte, al fin, les elimina, nuevos míseros les substituyen en el acto, ya preparados desde el claustro materno para la existencia de tormento.

Por tal modo, sobre toda vida, la tuberculosis extiende sin tregua su dominio; si los factores sociales la determinan, la misma trabazón social lleva hasta el rico la semilla germinada en la pobreza. La tuberculosis, dice Strauss, da la medida de la civilización; triste la nuestra, que al cabo de tantos siglos de lucha se declara esclavizada por un bacilo. La tuberculosis es la enfermedad universal, afirma Baginsky; avanza lenta, pero seguramente. Es el enemigo hereditario de la humanidad, exclama Anzichul... No; fijemos bien los términos del problema: el bacilo es inocente; es el hombre quien, desde lejanos tiempos, se ha empeñado en ser amigo del bacilo; es él quien, en su perdurable desvarío, no ha cesado de esforzarse en serle grato.

(1) *Organised Help*, enero 1912.

El problema de la tuberculosis es, simplemente, el problema humano. Tísicos hubo en Egipto, tísicos en Grecia; pero conerantados y estaban como perdidos entre la sanidad de la masa. La tuberculosis existía; pero junto a ella y dominándola con incontrastable e imponderable imperio, había la espléndida robustez, la espléndida belleza. Florecía la vida en Grecia; vibraba en los esculturales cuerpos con vigor de expansión irresistible; y en esta oleada de fuerza que al hombre con la potente naturaleza confundía, el hombre, sano, vigoroso, hermoso, se sentía amigo de los dioses, dios él mismo. Mas la organización social era deficiente; vegetaban los esclavos bajo los hombres libres; no se satisfacían las almas con las iniquidades establecidas, y los sufrimientos consecutivos iban como infiltrándose en la tierra y acumulándose bajo el suelo de sus templos y de sus ciudades, y su tensión llegó a ser tan poderosa, por acrecentarse de continuo, que al fin abrieron la tierra y derrocaron los templos y asolaron aquel mundo. Triunfó la piedad; volvióse el hombre despreciable gusano ante el infinito; las amarguras de la tierra le abrieron las puertas del empíreo; y pues aquéllas eran la prenda del excelso cielo, se propuso intensificarlas y acrecerlas para ser más digno de gozarlo. Hubo transmutación de valores; el cuerpo fue vil andrajo; el hambre y la miseria, la enfermedad y la muerte, dones divinos; y el hambre y la enfermedad y la miseria devastaron a los pueblos. La opresión social, lejos de menguar, fue más tiránica; por entre la turbación de las conciencias, enhestóse el egoísmo, y pactando con el cielo, se enseñoreó de la tierra. La historia de los pueblos modernos es epidemia de locura sanguinaria; no ha cesado la sangre de empapar el suelo; por toda Europa; por todo el mundo, la reja del arado pone sin cesar al descubierto los sedimentos de los cráneos apilados por los estragos de las guerras. Los más fuertes, los más valientes murieron; los débiles y los enfermizos se perpetuaron; y sobre ese desecho humano, los horrores de la paz han completado los de la guerra. Ya no hay parias, sólo ciudadanos, ciudadanos libres que padecen hambre y cuya estrujadura es precisa para la orgía económica moderna. La humanidad, extenuada, gime en plena marchitez y pudrimiento. Perdiéronse los héroes y los semidioses; el gusano imaginado y consagrado por el pietismo, se ha hecho realidad viviente; pero es

menos que gusano, pues le subyuga un bacilo.

Ante situación tan desesperada, es preciso ¡oh, médicos! que con toda la energía de nuestras mentes luchemos sin tregua para cumplir con el alto deber de nuestro ministerio. Ciertamente, no necesitáis estímulos, vosotros que de siempre habéis sido ejemplo de abnegación y de constancia en esta nuestra nobilísima tarea de conservar la salud y combatir la dolencia; la historia enseña que, en todas las épocas, hicisteis cuanto os fue dable para encauzar el saber hacia la dicha del hombre; pero ¿me será permitido deciros ¡oh, amigos! que tal vez en el decurso de nuestra tarea nos hemos desviado algo de nuestro objeto, y que, atraídos por la necesidad del momento, hemos invertido los términos del mismo? ¿Me será permitido deciros, que, desde la enseñanza dada en las Facultades, hasta lo más insignificante de nuestra actividad profesional diaria, es sobre todo por atacar la enfermedad que nos afanamos y que, en toda nuestra tarea, lo de conservar la salud, es lo de menos? Somos seguidores del infortunio; en cuanto entramos en una casa, las gentes preguntan qué mal ocurre; Hoffman aconsejaba que de médicos y farmacéuticos se huyese, pues su sombra era maléfica. Pues bien; no, no; lo que más importa es conservar la salud; digo más, perfeccionarla; lo que interesa es que cuidemos y pulamos y hermostemos a los sanos, no que nos entretengamos en perpetuar achacosos. Nuestra fuerza no ha de ser sólo la receta al enfermo, sino el consejo, la imposición al sano; y socialmente, nuestro deber nos obliga a luchar contra todo cuanto tienda a menoscabar la vida humana.

Pues los factores sociales son cada día más potentes, pues la tuberculosis es mal social por excelencia, estigma de una humanidad agotada, estudiemos las bases de la sociedad en que vivimos y trabajemos por mejorarlas. Libremos nuestras mentes de prejuicios, adquiridos en devaneos ajenos a nuestro objeto; es la plenitud de vida lo que importa, es ella la suprema ley nuestra; y hemos de favorecer y exaltar cuanto la acrezca, y hemos de combatir y anular cuanto la oprima.

No hemos de ser expendedores de recetas, sino los supremos jefes de la Tierra. Recordemos, invirtiéndolas, aquellas tristes palabras con que la madre de Boabdil le reprendía: luchemos como hombres, si no queremos que mañana tengamos que llorar como mujeres.